

a. La primera posibilidad es que se *transforman* por influencia del clima o de la zona geográfica. Veamos algunos textos:

“*Supongamos, primero*, que según la posición del Sol y de los distintos astros del firmamento respecto a la Tierra surgen distintos climas y distinta composición de las zonas terrestres, pues todas las especies naturales, tanto vegetales como sensitivas, al ser trasladadas de un clima o zona a otro cambian de comportamiento e incluso de constitución, de forma que una misma e idéntica especie en los primeros siglos ha sido hallada con una sorprendente constitución en el Nuevo Mundo o en las Indias” (A. Kircher: *El Arca de Noé*. 1675, Parte I, Sección III, capítulo III).

Esta primera posibilidad no excluye que algunos (sobre todo, los llamados infectos -que podrían ser “insectos” -, pudieran aparecer nuevos por Generación espontánea. Así aparece en *El Arca de Noé* (Parte I, Sección III, capítulo III).

b. El segundo supuesto: en el Arca solo entró un grupo reducido de animales, bien por ser puros o bien porque podían degenerar. La idea de la *degeneración postdiluviana* está muy bien expresada en nuestro autor. Téngase en cuenta que en esto se adelantó un siglo a las ideas de Buffon, quien en muchas de sus obras (y sobre todo en *Las Épocas de la Naturaleza* de 1779) habla de la “degeneración” de los animales. La existencia de una modificación por *degeneración* está presente en el pensamiento de Buffon. Oigamos al mismo Kircher:

“*Segundo supuesto*: de lo dicho se desprende que no todos los animales de cualquier especie se concentraron en el Arca desde todas las partes del mundo. (...) Por tanto, pienso que en el Arca solamente entraron aquellos animales que después, extendidos por toda la superficie de la Tierra, serían capaces de reproducirse independientemente de los cambios climáticos, zonales y de la diferente posición del cielo y aquellos otros que por sí, y según su propia naturaleza, podían degenerar en especies diferentes” (A. Kircher: *El Arca de Noé*. 1675, Parte I, Sección III, capítulo III).

c. La tercera posibilidad para explicar la mayor diversidad de seres vivos con posterioridad al Diluvio se explica también aceptando el hecho de que con el tiempo hubo híbridos:

“*Tercer supuesto*: al multiplicarse los animales sobre la Tierra en el transcurso del tiempo y ocupar las selvas, los montes y los campos, surgieron nuevos animales procedentes de la mezcla de varias especies, animales que, lógicamente, no fueron introducidos en el Arca, ya que podían seguir

naciendo de la unión de distintos animales, como el mulo del caballo y de la asna, y otros muchos que después diremos. ¿Qué necesidad había de conservar aquellos animales que podían nacer después de la unión de otros?” (A. Kircher: *El Arca de Noé*. 1675, Parte I, Sección III, capítulo III).

CONCLUSIÓN

Al recorrer el pensamiento biológico y teológico de los jesuitas José de Acosta (a finales del siglo XVI) y de Athanasius Kircher (en la segunda mitad del siglo XVII) constatamos que están insinuados muchos de los problemas biológicos relativos a la geografía que han dado lugar al actual desarrollo de las ideas evolutivas. Desde categorías culturales muy diferentes a las nuestras, afrontan el problema de la diversidad, la distribución y la evolución de los seres vivos en función de los cambios climáticos y geográficos. Desde la aceptación del Diluvio Universal, ambos se plantean problemas similares: cómo los animales y plantas se distribuyen por el mundo a partir de un punto de origen y cómo esos organismos se van “modificando” geográficamente. Si las soluciones no fueron correctas, debido a la falta de un paradigma de referencia de corte evolucionista, al menos intuyeron la posibilidad del cambio de los seres vivos debido a alteraciones de las condiciones ambientales. Tanto Acosta como Kircher, dentro de la interpretación más tradicional de las Escrituras, intentan abrir una puerta a la modernidad intentado la **integración** de la interpretación de los datos empíricos observados por ellos dentro del paradigma teológico dominante en su época.

El Prof. D. Alonso Ortiz (1929-2004) In memoriam

Rev. Aragon. Teol. 21 (2005)

José M^a Andreu

Hacia las 4 de la tarde del día 7 de mayo moría en la residencia sacerdotal de la Hermandad de Operarios Diocesanos de Majadahonda (Madrid) D. Alfonso Ortiz. Al cabo de largo tiempo, 74 años, llegaba a su Centro definitivo, ese Centro profundo con el que todo hombre tiene una referencia esencial; en Él halla la plenitud y el descanso que añora a lo largo de su vida confusa y dispersa. Iniciaba así, en pura luz y simple unión, una vida nueva. Otros lugares o moradas, mientras vivió entre nosotros, fueron Valdepeñas (Ciudad Real); allí nació el 9 de noviembre de 1929. Inició su proceso de formación sacerdotal en la Hermandad de Sacerdotes Operarios en Burgos y después en Salamanca y Roma. Fue ordenado sacerdote el 19 de marzo de 1952 en la Basílica de San Pedro.

Terminados los estudios comienza su ministerio en el Pontificio Colegio Español de Roma (1952-1954) como administrador; en el Seminario Mayor de Toledo (1954-1955) como prefecto; en el Seminario Mayor de Zaragoza (1955-1957) como administrador, profesor y vicerrector; en el Seminario Menor de Zaragoza (1957-1962) como rector; en la residencia de la calle Millán Astray de Zaragoza (1962-1964) como director, siendo a la vez profesor del Seminario; en la parroquia de Ntra Sra. de la Almudena de Zaragoza (1964-2004), como coadjutor, continuando como profesor del Seminario y del CRETA, erigido en el año 1970, hasta el año 2000, en que, por motivos de edad, cesó en su actividad docente. Contemporáneamente impartía clases en el Instituto de Ciencias Religiosas de la Virgen del Pilar.

Aunque dejó la enseñanza en el CRETA en el año 2000 D. Alfonso nunca dejó de escuchar en la soledad sonora de su corazón la voz del Espíritu para seguir dedicándose totalmente a la formación de los seminaristas. El ímpetu de su vida de tanta fuerza ascensional le lleva, ya mayor, a trabajar en el seminario venezolano, *Jesús Buen Pastor* de Ciudad Bolívar, que vino enseguida, por obra suya y de otros colaboradores preclaros, a ser modelo para otros, marcado en su lado mejor por su espíritu. Lejos de España encontró, al final de su vida, lo mejor. Cuando volvía nos animaba confidencialmente a estar a la espera serena de Quien estamos siempre llamados; quería que sus amigos conociésemos también cómo florece dorado el árbol de la gra-

cia de la savia fresca de las tierras latinoamericanas. El 20 de febrero de este año regresaba de Venezuela a España con la salud bastante quebrantada. Los últimos meses los vive unido al Cuerpo místico de Cristo, de día y de noche, por la oración y el sufrimiento. ¡Cuántas veces en mis últimos encuentros con él formaba en mis adentros la imagen del pájaro solitario dibujado por S. Juan de la Cruz: es “el que se va a lo más alto; no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza; pone el pico al aire; no tiene determinado color y canta suavemente!”.

Asombra la profundidad de la altura a la que llegó. La integridad de su alma no se deja decir con palabras. En su vertiente exterior su actividad como profesor es seguramente el primer rasgo que caracteriza el perfil de su personalidad. Su vida queda marcada por la circunstancia, en sentido orteguiano, del Profesor que se debate dentro de la realidad académica, constantemente interpelado por las inquietudes juveniles y por los problemas de nuestro tiempo. En la clase el profesor va sembrando las ideas vivas, dotadas de una potente virtud generativa, sin preocuparse mucho de las condiciones ambientales necesarias para liberar su potencial fertilidad. Yendo junto a sus alumnos muchas veces siente la alegría de ver aproximarse a ellos la verdad humilde y antigua. D. Alfonso sabía apoyar el pensar vivo en un pasado tradicional. Seguramente la mejor manera de entender el pensamiento tradicional es abordarlo a partir del presente, de lo presente que se quiere aclarar, para que el saber no quede como algo superfluo, simple saber de curiosidad, estéril casi siempre.

D. Alfonso amaba apasionadamente la lectura. Su cultura era inmensa. Sabía de casi todo. La amplitud de sus lecturas explica su apertura mental, su espíritu ecuménico, y su libertad interior. La verdad nos libera. Omnívoro y ecléctico, pero no acrítico, en el uso de las fuentes, trasvasaba a sus lecciones un gran caudal de erudición. Cuanta más cultura más grande y diverso es el placer de las clases. En el CRETA impartió clases de Latín, Historia de las Religiones, Antropología Teológica, Cristología Dogmática, Escatología y Teología Protestante. Su tono vital se muestra en el esfuerzo que hizo para ser maestro de una teología renovada por el Concilio Vaticano II, habiéndose formado en una teología más clásica. D. Alfonso fue de los hombres nuevos que conocieron un segundo nacimiento. Como profesor también vivió épocas de primavera y de invierno. Pero siempre en sus clases se podía percibir el espíritu de la paloma que tan bien describe Juan de la Cruz: “El vuelo alto y ligero; el amor con que arde; la simplicidad con que va”.

El CRETA siempre agradecerá también su tarea como Bibliotecario. Con una entrega abnegada y sostenida procuraba cuantos libros nuevos aparecían; siempre al tanto de las novedades literarias consiguió que nuestra biblioteca continuara su ya rica tradición en la adquisición de libros teológicos y religiosos. Consiguió también crear,

pues la hizo de la nada, en el Seminario de Ciudad Bolívar una excelente biblioteca. Fue su primera preocupación y sus amigos libros el mejor regalo que siempre llevaba a sus amados y agradecidos seminaristas venezolanos.

Maestro en el arte de la hermenéutica, otra característica de su vida intelectual, trabajó incansablemente como traductor para distintas editoriales católicas. Muchos son los libros e innumerables los artículos traducidos por él al castellano, principalmente en la editorial *Sígueme* y en la revista *Concilium*.

Ha simultaneado la concentrada, intensa, tarea reflexiva solitaria con otros trabajos sacerdotalmente amables: en la parroquia de Ntra. Sra de la Almodena de Zaragoza era el profesor de teología para seglares; en este ámbito de generación y de formación de cristianos, como educador de la fe de los fieles, ayudaba con sus charlas anuales a la formación de su conciencia cristiana; con sus reflexiones teológicas, según el espíritu de la *Lumen Gentium*, les ayudaba en su tarea de santificar desde dentro sus actividades cotidianas. Muchos aragoneses, en distintas ciudades, tuvieron la oportunidad de escuchar sus conferencias sobre los temas religiosos más diversos.

Infatigable trabajador, en él se aunaban felizmente las virtudes de todo buen profesor: humildad y generosidad. Leyendo mucho, viajando mucho, conviviendo con personas de otras religiones y culturas, reflexionando mucho y orando mucho consiguió la sabiduría, esa recomposición imprevisible de la sedimentación de saberes, de culturas y experiencias que uno ha atravesado. La sabiduría es, a la vez, don y quehacer personal. Esta sabiduría, que en la encrucijada misma de su etimología sugiere sencillez, un poco de prudente saber y el máximo posible de sabor, la comunicaba generosamente a los demás. La cualidad que envuelve todas las demás, abrazándolas, dándoles su tono y, más, su sentido, es el altruismo intelectual. En las clases D. Alfonso comunicaba su saber con una solicitud incesante por sus alumnos; quería clases provechosas; renunciaba a sutilezas teológicas, atento a enseñar la verdad con sencillez y claridad; hacía *donación* de sí, en el sentido total de la palabra; era su estilo, estilo de amor. Alimentando cada mañana con su humilde ración de doctrina el espíritu menesteroso de sus alumnos, de alguna manera se convirtió en su formador y padre. El profesor, como el Señor, trabaja con su palabra. Como creyente, trabaja con el Señor. Sobre la mesa-altar, a orillas del gran misterio, el profesor gasta muchas horas de su vida meditando sobre los enigmas de Dios, del hombre y del mundo. El Señor de la palabra desciende a dársela. Escuchando la voz que le viene de lo insondable levanta el velo de lo misterioso para que no se quede en su lejanía inaccesible. *Contemplata aliis tradere* es el lema de todo teólogo y de todo maestro.